

Los laicos en el carisma Camiliano

Reflexión del P. Frank Monks, Superior General de la Orden de los Camilos



Viajando por el mundo camiliano, se aprecia una absoluta necesidad de una mayor colaboración con los laicos. Tenemos 180 instituciones distribuidas en todo el mundo, en las cuales colaboran miles de personas, sin contar a aquellas involucradas en numerosas parroquias y en iniciativas menores. Nosotros, los religiosos, somos 1,100, muchos de los cuales son ancianos ya; es decir, solos, sin la ayuda de los laicos, no podríamos funcionar. Pero cuando me refiero a colaboradores no me refiero solamente a empleados, sino sobre todo a aquellos que de alguna forma desean compartir nuestra visión, y están abiertos a nuestra espiritualidad,

cualquiera que sea su trabajo: como empleados, voluntarios, trabajadores en centros hospitalarios, miembros de la Familia Camiliana Laica (FCL) o de otras organizaciones que comparten nuestra visión del cuidado a los enfermos.

El ideal al que tendemos es no sólo la colaboración con los laicos, sino a una verdadera comunión. Esto puede ser posible compartiendo nuestro carisma y nuestra espiritualidad... Aquí cabe bien recordar las palabras de un miembro de la FCL: “Los religiosos y los laicos compartimos la misma responsabilidad en el esfuerzo por promover el reino de Dios en el mundo de la salud. Esto no significa que nuestros roles sean intercambiables”. Creo que este punto es importante resaltarlo, puesto que frecuentemente existe el temor en los religiosos de perder su identidad, mientras que el laico teme llegar a convertirse en un religioso a medias. Es necesario tener claridad en la propia identidad para poder valorar la vocación del otro.

Es interesante notar el rol de los laicos en los orígenes de la Iglesia y, especialmente, el rol de las mujeres laicas. Una lectura del Nuevo Testamento conducida bajo esta perspectiva, nos llevará a descubrir que existieron numerosos hombres y mujeres profundamente comprometidos en anunciar a Jesucristo y en comunicar su mensaje salvífico a la humanidad.

Durante veinte siglos de historia, el estatus de los fieles laicos ha presentado muchas luces y sombras. La jerarquía eclesiástica, especialmente en el último milenio, ha jugado un papel de protagonista en lo que se refiere a la misión de la Iglesia, y ello ha sucedido no sin detrimento del rol y de la colaboración del laico en la obra redentora.

La recomendación del Concilio Vaticano II sobre hacer referencia al origen carismático, nos llevó a preguntar sobre la colaboración con los laicos, un tema importante para San Camilo. Más allá del hecho de que el primer grupo de seguidores hizo su aparición en el mundo de la salud y del sufrimiento como una compañía de hombres píos y de bien (laicos), un año después de la constitución de la Orden, Camilo fundó un Instituto seglar para no perder la participación de los laicos. Este grupo fue de tal importancia, que a ellos se les dieron dos habitaciones en la Casa de la Magdalena, ya de por sí bastante poblada.

Sin embargo, en línea con la actitud difundida en la Iglesia en los siglos sucesivos de considerar al laicado como un estado inferior, como simple ejecutor de los proyectos elaborados por los obispos, sacerdotes y religiosos sin autoridad de decidir, también dentro de la Orden el idealismo de Camilo fue olvidado.

Todo cambió con las enseñanzas del Vaticano II. Hubo un llamado a considerar el bautismo no sólo como un don de salvación, sino también como una invitación a la misión.

El laicado debía ser incluido en la Iglesia, no sólo como espectador, sino con una participación activa, con derechos, deberes y obligaciones. Allí, donde los religiosos han asumido esta mentalidad, ella ha ayudado a superar una actitud paternalista y manipuladora común a las precedentes formas de colaboración. Al finalizar el Concilio Vaticano II, la participación de los laicos en la vida de la Iglesia fue vista como una cuestión de justicia. Si bien es conocido que la merma de vocaciones y el envejecimiento de los religiosos en el Viejo Mundo han hecho que fueran conscientes de la necesidad de comprometer a los laicos, ello no puede ser la razón principal para una colaboración significativa. Es un derecho de los laicos y es parte de las obligaciones derivadas del bautismo.

El llamado del Vaticano II fue recogido por el Capítulo General de Viena (1971), donde se decidió ampliar el carisma para comprometer a los laicos. Comenzaron los Camilos de Brasil en la década de los años setenta... En los años ochenta, en Colombia y Perú, un grupo fuerte de laicos estaba tirando las semillas para una gran cosecha...

En el curso del proceso de crecimiento, el laicado ha desafiado silenciosamente a los religiosos camilos, viviendo el mismo carisma.